

nes indefinidas». El Egipto de entonces no creía en la resurrección, sino en una serie sin fin de renacimientos¹.

De todos los documentos legados por el antiguo Egipto, el que puede considerarse como la «Biblia», como el libro sagrado por excelencia que comprende el fondo mismo de la religión, es el «Libro de los Muertos», que se colocaba en las vendas de las momias y que seguía al «doble» en el reino del Occidente. Se poseen muchas formas de este libro, y las variantes son numerosas, pero cualesquiera que sean las diferencias de las fórmulas y de las invocaciones, el ritual habla siempre un lenguaje de augusta solemnidad que atestigua la intensidad de emoción causada por el paso de la primera a la segunda vida. Las frases consagradas nos presentan la existencia terrestre como una preparación a la que seguirá cuando el hombre, completamente purificado por las pruebas del *Amenti* o «Mundo Occidental», acabará por ser reconocido «justo» y por entrar, Osiris humano, en un estado de divinidad verdadera; entonces volverá hacia su cuerpo para animarle de nuevo, transformarle en una envoltura gloriosa que no conocerá ya ni el dolor, ni la decadencia, ni la muerte².

La omnipotencia del sacerdote daba a los ritos, a los encantamientos y sobre todo a las ofrendas muy provechosas a la casta, una importancia suprema en la salud de los muertos; sin embargo, el fondo de justicia y bondad que se había conservado en esas poblaciones agrícolas reaparece incesantemente en el formulario del ritual, como una supervivencia del antiguo Egipto que los primeros agricultores habían conquistado sobre los pantanos del Nilo por su dura labor, su estrecha solidaridad y ese sentido de la medida que hizo de ellos admirables geómetras. «He dado pan al hambriento, he dado agua al que tenía sed, he dado vestidos al que estaba desnudo»; y cada maestro, cada uno dedicado al trabajo se alaba, en sus panegíricos mortuorios, de su espíritu de inagotable caridad: «Yo soy el báculo del anciano, la nodriza del niño, el abogado del miserable, el que calienta a los que tienen frío, el pan de los caídos». «Yo soy el padre de los que no tienen padre, la madre de los que no tienen ma-

¹ A. Gayet, *Coins d'Égypte ignorées*.

² G. Maspero, *Mémoire sur quelques Papyrus du Louvre*.

dre»... «Jamás he hecho trabajar a nadie más que lo que yo mismo he trabajado»... «Jamás he calumniado al esclavo cerca de su amo». Y no solamente el difunto pretende haber sido bueno y justo, sino que se alaba también de su valor en la defensa de los débiles contra los fuertes. «Yo he separado el brazo de los violentos, he opuesto la fuerza a la fuerza, he sido altanero con los altaneros y de bajado el hombro al que levantaba el hombro». Verdad es que todos estos son simples epitafios, men-



SARCÓFAGO
DE UN ESCRIBA REAL DE LA DINASTÍA XIX

Cl. Giraudon.

Museo del Louvre.

tidores como lo son casi todos, pero la insistencia con que los elogios póstumos hablan de las cualidades del muerto, prueban al menos que tenía la conciencia de lo que es noble, equitativo y bueno.

Esa gran ambición de la vida futura divinizada se traducía prácticamente en la existencia de los Egipcios por el cuidado prodigioso que se daba a los cadáveres, y esto desde el período prehistórico: en las más antiguas tumbas, las osamentas recogidas conservan las huellas de ingredientes empleados para la conservación de los cuerpos¹. Mas para estar seguro de la duración del cadáver en espera de la resurrección futura, no bastaba embalsa-

¹ E. A. Wallis Budge, *The Book of the Dead*.

marle, sino que era preciso protegerle contra las fieras, a cuyos ataques le exponía más que en todo otro país el doble frente de la montañas desérticas; era preciso ocultarle bajo montones de piedras o hasta en la roca viva; había también que rodearle de palabras mágicas para defenderle contra la mala suerte y los espíritus malos, y para esto servía el «Libro de los Muertos», la recopilación de formularios que debían recitar o salmodiar los parientes y los amigos del difunto.

Todos los usos de los tiempos históricos prueban cuánto empeño tenía el ribereño del Nilo en ser religiosamente «recogido hacia sus padres», y a la realización de esa aspiración se aplicaba la parte principal de los ingresos personales; la momificación de los cuerpos que pertenecían a alguna alta familia costaba un talento, o sea algunos miles de francos en moneda moderna; hasta el tratamiento de los cadáveres pertenecientes a las clases pobres importaba sumas relativamente considerables y empleaba siempre setenta días reglamentarios de preparación. Así sucedía que los indigentes, los que no tenían nada, los que no podían comprar las drogas, ni pagar los obreros, ni disponer de sepulcro familiar, ni aun de algunos pies cuadrados en la necrópolis común, habían forzosamente de renunciar a la esperanza de renacer en una vida más dichosa: perecían por completo. Los sacerdotes eran bastante ricos para conservar por multitudes los cuerpos de los animales sagrados, ibis, buitres, gavi-lanes, lechuzas, gatos, chacales, cocodrilos, monos, ratones, murciélagos, serpientes, pescados y escarabajos, pero a muchos humanos se les negaba ese privilegio. Sin embargo, millones y millones de generaciones sucesivas han depositado sus momias en los hipogeos de Egipto: hay muchos sitios en que el polvo que se pisa es por completo polvo humano. En este sentido ha podido decirse del antiguo valle del Nilo: «Nada hay profano en ese país. Todo es sagrado»¹.

Los arqueólogos hablan con admiración de la prodigiosa importancia que había tomado en Egipto esa industria de los embalsamadores, que ocupaba obreros por centenas de mil. Han tratado de

¹ Leop. von Ranke, *Weltgeschichte*, t. I, p. 7.

darse cuenta de la cantidad de productos inmovilizados en las tumbas: telas comunes y preciosas, licores odoríficos y antisépticos, gomas, materias bituminosas y sustancias químicas, sin contar los amuletos, los encantos, las fórmulas de conjuro, cosidos o colocados en los vestidos. Para un solo cadáver se empleaban a veces vendas con una longitud total de «1000 aunes», y cada una de ellas había sido perfumada con drogas de la Arabia Feliz; la conservación de los muertos absorbía quizá los cuidados de más de la mitad de los vivos.

Pero la historia de la momificación evolucionó como todas las cosas. En las primeras tumbas excavadas por Amélineau, bajo los cerros de Abydos, los esqueletos están colocados en una posición encogida, que es la actitud natural de los indígenas cuando reposan en sus cabañas después de los trabajos del día: casi esa misma es la posición de las momias pe-



MOMIA DE LA REINA TIA

ruanas en sus *huacas*. En esas mismas tumbas Amélineau ha descubierto cuerpos que habían sufrido ya algunos ensayos de momificación por medio del natrón o de sustancias que producen casi los mismos efectos¹. Las primeras momias tratadas según los procedimientos clásicos, las de las necrópolis de Menfis, son negras, secas, quebradizas, en tanto que las de Tebas tienen un reflejo dorado y presentan cierta elasticidad; el pie de una momia en el museo Guimet parece una pieza de marfil pulido. En las épocas bajas se vuelven negras, pesadas, informes, la costumbre de embalsamar los cuerpos no era ya más que una vana práctica habiéndose desvanecido la fe.

¹ *Les nouvelles Fouilles d'Abydos*, p. 25.
11-47

La misma evolución se observa en la decoración de las tumbas. Antes de la época de la dinastía XII, es decir, antes de las edades de la gloria de Tebas, cuando los Egipcios no estaban aún preocupados por la idea de la muerte y el arte de conservar los cuerpos estaba relativamente poco desarrollado, las casas eternas, las tumbas, especialmente las de la necrópolis de Sakkarah, cerca de Menfis, nos revelan que la sociedad con-



MÁSCARA DE ORO DE LA REINA TIA

temporánea era bastante libre de espíritu y no se había empequeñecido aún bajo la mano del sacerdote. Ninguna imagen representaba allí al dios: Osiris estaba ausente; sólo Anubis guardaba ya la puerta funeraria. Allí el muerto estaba en su casa, con su mujer y sus hijos, también con sus criados, porque la gran propiedad estaba ya constituida; todo estaba dispuesto en la casa mortuoria para que el propietario estuviese allí cómodamente y pudiese continuar los trabajos habituales. Sobre todo se tenía gran cuidado de que ningún extranjero viniese a turbarle en la soledad en que había de quedar para siempre.

Cuán diferentes de estas primeras tumbas confortables y decoradas de alegres imágenes, son los espantosos hipogeos donde los sacerdotes, ya vencedores, enterraron a los desgraciados que vivieron bajo el terror de sus terribles enseñanzas. En esas tumbas, construídas bajo la dirección sacerdotal, toda imagen es espantosa: las almas de los muertos, habiendo vivido en el miedo se despertarán en el espanto¹. Y ese vértigo de la muerte sube desde el

¹ Ernest Renan, *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 47.

sepulcro a la superficie, persigue al hombre en todos los actos de su vida, asiste hasta en sus banquetes; durante los festines se paseaba un ataúd alrededor de la mesa, para recordar a los convidados cuán corta era la vida. Vino después la época de evolución final, en que todas esas prácticas no son ya sino supervivencias despojadas de significación, en que las inscripciones de los estelios hablan una lengua olvidada, en que ideas completamente nuevas, las de la vida alegre y libre, se mezclan a las de la muerte, y, como un rayo de luz penetran en el negro sepulcro. Así es como poco tiempo antes de la conquista ro-



PUEBLO SOBRE EL NILO, CASAS CON PALOMARES

Cl. Al. Vista.

mana, un gran sacerdote, cuya mujer acababa de morir, redactó para ella una inscripción en que la fraseología piadosa recuerda las graves enseñanzas de otros tiempos, pero a la que añade esta singular exhortación: «No te abstengas de beber, de comer, de embriagarte, de hacer el amor; no dejes entrar la pena en tu corazón».

Únicas entre las tumbas egipcias son las admirables pirámides, de las cuales, durante miles de años, una de ellas quedó siendo el más alto edificio elevado por los hombres, y que por su misma forma aparecen indestructibles. «Quizá esos gigantes sarcófagos, monumentos más antiguos del mundo, sobrevivirán a todos los demás, dice un autor¹, hablando con cierto énfasis de esas construcciones, que no fueron de las primeras, habiendo sido evidentemente imitadas de los templos escalonados erigidos sobre las orillas del Tigris y del Eufrates. Las generaciones que

¹ Gustavo Lebon, *Les premières Civilisations*, p. 11.